

A detailed oil painting of Domingo Sarmiento, an elderly man with white hair, wearing a dark suit and a white cravat. He is shown in profile, looking towards the left. A blue ribbon with a gold medal is pinned to his cravat.

# SARMIENTO

MAESTRO DE AMÉRICA,  
CONSTRUCTOR DE LA NACIÓN

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

emecé

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

# SARMIENTO

*Maestro de América  
Constructor de la Nación*



## Prólogo

Desde hace tiempo abrigo la idea de escribir una vida de Sarmiento. Cuando me dediqué a la biografía de su consecuente amigo y en ocasiones férreo adversario, Bartolomé Mitre, pensé que la evocación de sus respectivas trayectorias ayudaría al lector interesado en conocer la historia del país durante la segunda mitad del siglo XIX, a interpretar el proceso que llevó a la construcción de la Argentina moderna. Apareció el libro dedicado al estadista y polígrafo porteño, pero diversos motivos postergaron mi deseo de materializar la obra que recordase al polifacético hijo de San Juan. No obstante, mi interés por el personaje se volcó en frecuentes menciones en otros volúmenes, artículos, conferencias y clases universitarias de grado y doctorado. Durante décadas me dediqué como profesor a analizar aspectos de su pensamiento y acción a través de su correspondencia y escritos, y de los textos que le dedicaron sus contemporáneos y la posteridad.

Quizá mi antiguo propósito hubiese quedado sólo en proyecto si hace algunos años no hubiera acordado con Planeta-Emecé la publicación de una serie de biografías de figuras notables del pasado destinadas al gran público, en la que no podía faltar la de Sarmiento, y si la reiterativa y anacrónica execración del prócer impulsada en los últimos tiempos y hasta hace poco desde el Estado no hubiese estimulado en mi espíritu la idea de intentar un balance ecuánime.

Con la contundencia del gran escritor y la concisión del extraordinario periodista que era, Sarmiento sintetizó hacia 1874, en la serenidad de su casita del Delta, los esforzados rasgos de su andadura terrena:

Nacido en la pobreza, creado en la lucha por la existencia, endurecido a todas las fatigas, he labrado, como las orugas, mi tosco capullo. Acometí todo lo que creí bueno. Hice la guerra a la

barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables. Llamado a ejecutar mi programa, si bien todas mis promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esta parte de América. Dejo por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías de ferrocarril el territorio, como cubiertos los ríos, para que todos participen del festín de la vida del que yo gocé sólo a hurtadillas. Sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal.

Carente de títulos académicos que le dieran brillo social en «el país de los doctores», sin otra patente para enseñar que su propia experiencia, hizo más que nadie en su tiempo por la instrucción de sus conciudadanos y proyectó su pasión educadora hacia otros ámbitos del continente. De ahí que se lo llame con justicia «Maestro de América». Para él, su célebre mandato de «educar al soberano» no fue una consigna de circunstancias sino una elección de vida. Enseñó desde la adolescencia hasta la vejez, condujo la política educativa a través de diversos desempeños y le dio vigencia plena desde la presidencia de la Nación. Recibió en la Universidad de Michigan, aunque no en su tierra, las insignias de doctor *honoris causa*. Pero su perfil de docente apasionado y pertinaz no estaría completo si no se recordara que inició en la lectura y la escritura a su hijo Dominguito, «su mejor alumno», a los tres años.

Derribar la ignorancia, las injusticias, la falta de oportunidades, fue una misión que se impuso desde los inicios de su vida pública. Sentía una verdadera compulsión por volcar en el papel lo que concebía su cabeza a veces afiebrada y siempre poderosa. Y si escribió páginas inmortales para la literatura, no por eso abandonó el ejercicio cotidiano del periodismo. Ni siquiera cuando sus graves responsabilidades de jefe del Poder Ejecutivo reclamaron enteramente su tiempo e inteligencia dejó de redactar sus cuartillas cotidianas en las columnas de *El Nacional*.

Esa profunda necesidad de comunicar es uno de los rasgos más notables de su personalidad. Su escritura fue en ocasiones rotunda y formalmente perfecta; en otras, áspera y hasta violenta. Sin embargo, no hay en su inmensa producción palabras vacías ni frases sin senti-

do. Al igual que los toreros cuyo oficio detestaba, sabía llegar con su estocada directo al corazón. Entraba en la lucha de las ideas como a una batalla homérica y era tenaz en su afán de imponer las propias. Pero sabía apearse de su alado Pegaso para reconocer errores, y si era indispensable, combatirlos.

Como su tenaz adversario, el legislador y mandatario santafesino Nicasio Oroño, pudo decir que ninguna de las iniciativas útiles para el país surgidas durante su dilatada actuación pública había dejado de contar con su entusiasmo y respaldo. El balance de su extraordinaria gestión presidencial demuestra que cumplió su aspiración, expresada en carta íntima a su amigo, el gobernante y educador tucumano José Posse, antes de ser elegido: «Te diré que si me dejan, le haré a la historia americana un hijo».

Una de sus principales preocupaciones al asumir la primera magistratura (1868-1874) fue la explotación de las riquezas potenciales del país; también la promoción de la inmigración y población de la Argentina y, vale la pena insistir, el desarrollo de la educación. En su concepción, ella no representaba un gasto superfluo sino una inversión para el porvenir. El estímulo a la ampliación del saber se reflejó en hechos tangibles: inauguró el Observatorio Astronómico de Córdoba y puso a su frente al sabio norteamericano Benjamín Gould, que había ofrecido sus servicios pues quería ampliar sus observaciones sobre las estrellas australes; impulsó, durante la visita a esa ciudad para inaugurar la primera Exposición Nacional, la creación de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y de la Academia de Ciencias, y encargó al notable naturalista alemán Germán Burmeister la contratación de estudiosos en el exterior con el fin de impulsar las investigaciones botánicas, geológicas, matemáticas, físicas, químicas y meteorológicas.

Por entonces el país comenzaba a padecer la crisis económica que alcanzó su punto más crítico durante la gestión de su sucesor, Nicolás Avellaneda; lo sacudían agitaciones provinciales tan graves como las rebeliones jordanistas; las principales capitales del interior estaban rodeadas por vastas extensiones desiertas dominadas por el indio y empezaba a tornarse realidad la expansión ferroviaria destinada desde entonces a crecer sin pausa.

Tantas fatigas y dificultades hubiesen agobiado a hombres que no estuvieran dotados de su temple. Pero él se hallaba dispuesto «a hun-

dir en el barro los brazos hasta el codo» para levantar los cimientos de un gran país.

Sarmiento vivió setenta y siete años. Ocupó cuantos cargos podía asumir un ciudadano. Fue periodista, director de escuelas, legislador, senador, diputado constituyente y ministro de Buenos Aires. Más tarde rigió los destinos de su nativa provincia de San Juan y se desempeñó como embajador ante los gobiernos de Chile, Perú y los Estados Unidos. Allí asistió a los momentos finales de la Guerra Civil, visitó escuelas, mantuvo una fluida y fecunda amistad con la notable educadora Mary Mann, se impuso de los avances tecnológicos que trajo al país y concertó la venida de las célebres maestras iniciadoras del normalismo. Fue elegido presidente, por fuera de los demás candidatos «históricos», con el respaldo del ejército que combatía en el Paraguay. Y al volver al llano, actuó como senador, director general de escuelas, ministro del Interior... En la Cámara Alta propugnó diversas iniciativas de progreso, y cuando los jóvenes regimentados que ocupaban las galerías del recinto de sesiones iniciaron una ominosa rechifla para burlarse de su sordera, aquel viejo imbatible demostró una vez más su temple, su coraje sin fisuras, su colosal entereza. Admitió su egolatría, reconoció que en efecto era el «Don Yo» que criticaban, pero advirtió: «Hay una frase que tanto se me ha hecho burla, de que tengo una coraza; repito que la tengo, y que soy todo coraza ahora».

Pero Sarmiento no era sólo un luchador formidable. Bajo esa misma coraza estaba el espíritu sensible, el amante de la naturaleza, el curioso impenitente que indagaba los usos y costumbres de los pueblos que visitó, como penetraba en las rumorosas fábricas de los Estados Unidos para analizar el movimiento de poleas y engranajes; el artista, que describía con los vigorosos trazos de su pluma, hombres, situaciones y paisajes, o trazaba sobre papel figuras lineales de extraordinaria gracia; el artífice que pensaba una idea grande y la ejecutaba. Sobre todo, desbordaba de magnético atractivo. ¿Si no cómo se explica que un ser físicamente esculpido a golpes de pico apasionase a mujeres inteligentes y bellas?

Quien quiera encasillarlo dentro de los parámetros de *normalidad* y juzgarlo por haberse salido muchas veces de ellos, estará equivocado. En la edición definitiva de su *Psicología de Sarmiento*, publicada hace cincuenta y seis años, el reconocido psiquiatra y escritor Nerio Rojas lo definió como un genio.

El biógrafo no puede sino sentirse en medio de un mar batido por la tempestad al timón de un endeble velero. ¿Cómo llegar a buen puerto con tantas facetas que abordar, con tantas contradicciones aparentes o reales que descifrar, y con tantos hechos y actores que animan la escena? ¿De qué modo encerrar en las páginas de un libro no demasiado extenso el vital espectáculo que ofrece el paso terrenal de Sarmiento? Este consideraba a la biografía como «la tela más adecuada para estampar las buenas ideas»; la que otorgaba, nada menos,

al que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto pueden legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden recoger con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos.

La inmensa bibliografía sobre su polifacético quehacer y acerca de su tiempo prueba que ni sus contemporáneos ni la posteridad fueron avaros en acumular elementos para su biografía. Más allá de que con una excepción todos los libros concebidos como panoramas generales de su existencia se hallan agotados, al decidirme a realizar un trabajo de esas características tuve una vez más en cuenta lo que expresé en otro volumen: cada cantor tiene su cifra, y la mía, tal vez modesta, se orienta a divulgar, sin renunciar a la seriedad y al equilibrio propio del historiador, la extraordinaria vida del eminente sanjuanino.

Comencé a escribir esta obra, deliberadamente, en el mágico escenario del café Procope de París, donde tal vez Sarmiento se detuvo a descansar durante sus cotidianos y afanosos itinerarios de incansable *flâneur* en la ciudad asombrosa; corregí simbólicamente algunas páginas en la Biblioteca Franklin de San Juan, y le pongo punto final sentado en un antiguo banco en los parques de Palermo, mientras contemplo la casi irreconocible efigie de don Domingo modelada por Rodin y a lo lejos la estatua ecuestre de Juan Manuel de Rosas, a quien combatió tanto. Durante un año cabal ocupó mi mente y mi corazón aquel hombre complejo y entrañable al que dedico esta síntesis.

Consigno, como en todos mis libros, mi agradecimiento profundo a quienes me ayudaron a que el que ahora nace sea realidad.



Los editores de Planeta Argentina y de Emecé, Alberto Díaz e Ignacio Iraola, manifestaron su entusiasmo cuando les comuniqué que dedicaría mi próximo libro a Sarmiento. Las bibliotecas de la Academia Nacional de la Historia y de la Universidad Católica Argentina han sido fundamentales para concretar mi tarea. La jefa y la bibliotecaria de la primera, magíster Patricia Allendez Sullivan y Cristina Molas, y la directora de la segunda, licenciada Soledad Lago, me facilitaron en forma irrestricta los materiales que no poseía en mis propios anaqueles. Otro tanto debo decir de la jefa del Archivo de la Academia, señora Graciela Melitón, y del licenciado Diego Martino. La coordinadora técnica del Museo Histórico Nacional, licenciada Viviana Mayol, el responsable del área de Documentación y Registro de Colecciones, Ezequiel Canevaro, y la responsable del Archivo Histórico, licenciada Sofía Ogiuc, hicieron posible la fructífera consulta de documentos, imágenes y objetos relacionados con el gran argentino.

La directora del Museo Sarmiento, licenciada Silvia Méndez, me abrió nuevamente, con generosidad, las puertas de la institución; la licenciada Adriana De Muro, a cargo del área de Archivo Histórico del Museo Histórico Sarmiento, me dio acceso a la rica documentación atesorada en ese repositorio; la licenciada Beatriz Ester Verd, encargada del área de Documentación y el diseñador gráfico Hernán Andrés Rodolico, del Área Diseño Gráfico, me brindaron su apoyo en la selección del material que ilustra el volumen.

También expreso mi gratitud a la profesora Adriana Mare, coordinadora del Museo de la Casa Rosada, que me facilitó el acceso a sus colecciones.

El doctor Carlos Páez de la Torre me brindó su colección de artículos periodísticos, el doctor Eduardo Míguez me cedió copias de varias cartas de Sarmiento y el doctor Horacio Sánchez de Loria me acompañó pacientemente en la gestación del libro a lo largo de muchos encuentros en los que el tema campeó por sobre otros asuntos de distinta índole, y a través de la lectura de cada capítulo. Por su parte, Diego Arguindeguy se entregó con amistoso empeño a la última revisión y edición del texto.

Agradezco especialmente a mi antiguo alumno y amigo, el magíster Mauricio Meglioli, perseverante investigador sobre Sarmiento, con quien comparto el compromiso de completar el archivo de la obra



de su ilustre comprovinciano en la Biblioteca Franklin. Su insistente empeño en que me ocupara de él fue muy importante para mí, como lo fueron sus observaciones y consejos acerca de cada capítulo.

Y agradezco por fin a mi esposa María Fernanda Sinde, que me brindó su amor, cuidado y compañía a lo largo de la aventura intelectual que ahora concluye.